

Carta al Presidente de la Junta de Extremadura

AGUSTÍN MUÑOZ SANZ

Excmo. Sr. Presidente: Me dirijo a usted para hacerle conocedor de una preocupación que me turba. Como sabe, me une una sincera amistad -entendida ésta en el sentido más aristotélico del concepto, sin otro intercambio que no sea el afecto personal y familiar- con el ciudadano que a diario debe vestirse, desde hace 12 años, de Presidente de la Junta de Extremadura. Hago esta introducción porque quiero que se entienda que me dirijo a quien viste el traje de Presidente y no a mi amigo. La aclaración no es sólo un gesto de pudor. Verá. El motivo de esta pública misiva es el siguiente: el día dieciocho de agosto del pasado año, en la playa de Valdelagrana, escribí una carta abierta -que nunca mandé a publicar- y en ella le pedía a mi amigo que se retirara definitivamente de la política activa y dedicara su tiempo y esfuerzos a los suyos y a él. Luego, pensé que sería mejor guardar en el zulo de la memoria del ordenador la petición y dejar que los acontecimientos marcaran la ruta dibujada por el destino en la biografía de los mortales. Y ahora, cuando se acercan unas elecciones en las que los vientos de las encuestas soplan inciertos, sí me lanzo a pedirle públicamente lo que jamás le he pedido en privado: Señor Presidente, hágame el favor de ganar estas elecciones.

Mi atrevimiento se sustenta en el hecho de haber vivido y vivir el acontecer de esta bendita tierra desde que la luz de la razón dio sus primeros destellos en mi infantil cabeza. Más tarde tuve que estudiar en Sevilla por carecer aquí de facultad y me especialicé en Madrid y en otros sitios donde se me ofrecían más posibilidades. Hoy no lo habría hecho. Señor Presidente, he seguido el vivir y el sufrir cotidiano de esta región durante toda mi vida y creo, sin ningún tipo de duda, que usted ha conseguido, a costa de encanecer su barba y envejecer prematuramente, sacarla del ostracismo y ponerla en posición de despegue. Ha construido las bases del futuro. Es indudable que seguimos a la cola de muchas cosas pero no es menos cierto que ahora nos miramos a nosotros mismos con dignidad y, algo que tampoco está mal, otros nos miran con respeto. Usted ha sabido poner su voz, a veces estruendosa y malsonante, en aquellos foros donde antes no sabían de nuestra existencia salvo por la hazaña de Pascual Duarte o los ojos críticos de Buñuel.

Parece obvio que el panorama económico de la región es para no cantar victoria; sin embargo, ahora disponemos de lo que nunca tuvimos; por ejemplo: numerosos y cualificados profesionales formados en nuestra

Universidad y en otros ámbitos del saber y del hacer en busca de trabajo -o trabajando- en su propia tierra. Algunos se extrañarán por lo que digo del pasado reciente, una historia con cierto aire mohoso, pero es la pura realidad. Hoy las condiciones son otras y por ello debe cambiar el futuro común.

Señor Presidente: nunca le aplaudí en público cuando usted era el motor del rodillo barredor en las elecciones, en sus momentos de gloria acaparadora de palmaditas y piropos adulatorios; tampoco critiqué sus errores: para eso están sus adversarios políticos y bien que lo hacen; ni siquiera le llamé la atención sobre su peor enemigo, que es usted mismo, pues de cuando en cuando se complica la vida sin necesidad. Pero, cuando está en juego el despegue definitivo de nuestra región, me veo en la obligación moral -y alto el ánimo para soportar dimes y diretes de los simplones repartecargos- de pedirle en público que gane. Y si, por la inapelable decisión del voto democrático, no ganara, le pido que no abandone ni rechace los apoyos de sus parientes políticos que caminan por la misma orilla del río de la política. Nuestra región le necesita y tardará mucho tiempo en dar un político de su talla. A pesar de sus propios errores y de las tropelías de algunos de sus conmlitones, me parece injusto pasarle factura por las actuaciones repugnantes de esos malvados. Lo correcto es valorar la acción política desarrollada por usted en Extremadura y eso es lo que hago. Sin embargo, me temo que, una vez más en la historia, pueden pagar justos por pecadores.

No dude que esta solicitud pública me enturbia el espíritu y la existencia, pues desco -¡oh, esquizofrenia!- que mi amigo abandone definitivamente la política y, por otra parte, aborrezco ser motivo de chismorreos entre alcahuetillos y ociosos. Pero Extremadura es algo mucho más importante que mis propios afectos o mis preocupaciones (aunque creo que la familia y los amigos es lo único por lo que merece la pena luchar y vivir. Y dar la cara). En fin, disculpe mi atrevimiento. Ójala tenga la suerte que quiero para Extremadura. Como espero fervientemente que no se enfaden sus adversarios electorales, a quienes guardo el máximo respeto.

Extremadura es una obra colectiva lo suficientemente compleja e importante como para no desperdiciar a nadie con valía, cualquiera que sea la parroquia de su militancia. Yo, precisamente ahora, apuesto públicamente por usted. A otros les recuerdo que las ideologías pueden separar, pero las ideas, en cambio, deben unir. Extremadura es la idea. Atentamente,

□

(Señal)
con el...
C. P. ...